

Giovanni Boccaccio. *El Decamerón*.

Trad. Esther Benítez. Madrid, Alianza Editorial, 1987. (El libro de bolsillo 1277).

Séptima jornada.

Termina la Sexta jornada del Decamerón, comienza la Séptima en la cual, bajo el gobierno de Dioneo, se razona sobre las burlas que por amor o por salvarse ellas han hecho las mujeres a sus maridos, no percatándose ellos o sí.

Novela segunda.

Petronella se esconde de su amante en un tonel cuando su marido regresa a casa; como el marido ha vendido el tonel, ella dice que lo ha vendido también a uno que está dentro para comprobar su solidez; el amante sale del tonel y hace que el marido lo raspe y luego se lo lleve a su casa.

La novela de Emilia fue escuchada con grandísimas risas y todos elogiaron la oración como santa y buena; habiendo llegado a su fin, ordenó el rey a Filostrato que siguiera, el cual comenzó:

—Queridísimas señoras mías, son tantas las burlas que los hombres os hacen, y en especial los maridos, que cuando sucede que alguna mujer burla al marido, no solamente deberíais estar contentas de ocurriera, o de enteraros de ello o de oírlo decir a alguien, sino que deberíais vosotras mismas irlo contando por todas partes, para que los hombres comprendan que, si ellos saben burlaros, las mujeres, por su parte, también saben. Lo cual no puede sino seros útil, pues cuando alguien sabe que el otro sabe, no se pone a engañarlo demasiado a la ligera. ¿Quién duda, pues, que lo que hoy diremos en torno a esta materia, conociéndolo los hombres, no sería grandísima causa de que refrenasen sus engaños, sabiendo que vosotras podríais, caso de quererlo, engañarlos también? Es mi intención, pues, contaros lo que una jovencita, aunque fuese de baja condición, hizo a su marido, casi en un momento, para salvarse.

No hace mucho tiempo un pobre hombre de Nápoles tomó por mujer una bella y graciosa joven, llamada Petronella. Él, con su oficio de albañil, y ella hilando, ganaban muy poco y salían adelante como mejor podían. Ocurrió que un joven galanteador vio un día a esta Petronella y le gustó mucho; se enamoró de ella y tanto y tan bien la solicitó que al final intimó con la joven. Y para estar juntos tomaron este acuerdo: como el marido se levantaba temprano todas las mañanas para ir a trabajar o a buscar trabajo, el joven se apostaba en un lugar desde donde lo veía salir, que se llama Avorio; y estando

muy solitaria la calle, en cuanto salía el marido el otro entraba en la casa. Y así lo hicieron muchas veces.

Una mañana de esas, entre otras, sucedió que, saliéndose el buen hombre y Gianello Scrignario, que así se llamaba el joven, entrando en la casa para estar con Petronella, al cabo de un rato regresó a la casa, cuando no solía volver en todo el día. Al encontrar atrancada la puerta, llamó y después de llamar empezó a decirse: “¡Oh, Dios, alabado seas siempre! Porque aunque me has hecho pobre, me has dado el consuelo de esta mujer buena y honesta. Ya ves qué pronto atrancó la puerta por dentro, en cuanto salí, para que nadie pudiera entrar a importunarla.”

Petronella, al oír a su marido, a quien conoció por la manera de llamar, dijo:

—¡Ay de mí! Giannel mío, muerta soy, que ahí está mi marido, Dios lo confunda, que ha vuelto; y no sé qué significa esto, porque nunca regresó a estas horas. ¡Quizá te vio cuando entraste! Por amor de Dios, sea como sea, entra en ese tonel que ahí ves y yo iré a abrirle. Ya veremos qué quiere decir este volver tan pronto a casa esta mañana.

Gianello entró prontamente en el tonel y Peronella fue a la puerta a abrir a su marido, y le dijo de malos modos:

—¿Qué novedad es ésta de que vuelves tan pronto a casa esta mañana? A lo que me parece, no quieres trabajar hoy, pues te veo regresar con las herramientas en la mano. Si te portas así, ¿de qué viviremos? ¿De dónde sacaremos el pan? ¿Crees que voy a aguantar que me empeñes el refajo o mis otras ropitas? No hago sino hilar día y noche, hasta el punto de que la carne se me ha desprendido de las uñas, para tener al menos un poco de aceite para el candil. ¡Marido, marido, no hay una sola vecina que no se maraville y se burle de mí a cuenta del trabajo que me tomo, y tú me vuelves a casa con las manos vacías, cuando deberías estar trabajando!

Dicho esto se echó a llorar y empezó otra vez:

—¡Ay de mí! ¡Pobrecita, desgraciada de mí! ¡En mala hora nací, maldita sea mi estrella! Habría podido tener un buen muchacho y no lo quise, para ir a dar con éste que no piensa en la joya que tiene en casa. Las otras se divierten con sus amantes, no hay una que no tenga dos o tres, y disfrutan, y hacen que sus maridos crean que la luna es el sol. Y yo, ¡infeliz de mí!, porque soy buena y no me ando con locuras, tengo males y mala suerte. ¡No sé por qué no cojo un amante, como hacen las demás! Y has de saber, marido mío, que si quisiera obrar mal ya encontraría con quién, pues hay muchos galanes que me aman y me quieren y me han mandado ofertas de mucho dinero, o si quiero ropas y joyas. Pero nunca me lo sufrió el corazón, porque mi madre no me hizo así. ¡Y tú me vuelves a casa cuando tenías que estar trabajando!

—¡Vamos, mujer! —dijo el marido—, no te entristezcas, por Dios. Créeme que bien sé lo buena que eres, y esta misma mañana lo he comprendido mejor. Es cierto que salí a trabajar, pero hoy es fiesta, aunque tú no lo sepas, como yo no lo sabía. Es el día de San Galeón y no se trabaja, y por eso he vuelto a casa a estas horas; pero me las he arreglado para encontrar el modo de tener pan durante más de un mes, pues vendí, a ese que conmigo viene, ese tonel que sabes, que ya hace tiempo que nos estorba en casa; y me da por él cinco lises.

Dijo entonces Peronella:

—¡Pues cabalmente de eso me quejo! Tú, que eres hombre y andas por ahí y deberías estar más al tanto de las cosas del mundo, has vendido un tonel por cinco lises; mientras que yo, una pobre mujer que apenas cruzo la puerta, al ver cuánto estorbaba en casa, se lo he vendido por siete a un buen hombre que, cuando tú volviste, entró en él para comprobar su solidez.

Cuando el marido oyó esto se puso más contento y dijo al que había venido con él:

—Buen hombre, vete con Dios. Ya oyes que mi mujer lo ha vendido en siete, cuando tú no me dabas más que cinco.

—¡Enhorabuena!— dijo el buen hombre; y se marchó.

Y Petronella dijo a su marido:

—Ven tú ahora, ya que estás aquí, y remata con él el negocio.

Gianello, que había aguzado la oreja para ver si tenía que temer algo o precaverse, al oír las palabras de Petronella salió enseguida del tonel; como si no hubiera oído nada de la vuelta del marido, empezó a gritar:

—¡Eh, buena mujer! ¿Dónde estáis?

A lo cual el marido, que ya llegaba, dijo:

—Aquí estoy, ¿qué quieres?

Dijo Gianello:

— ¿Quién eres tú? Quiero hablar con la mujer con la que hice el trato de este tonel.

—Habla conmigo con toda confianza —dijo el buen hombre—, que soy su marido.

Dijo entonces Gianello:

—El tonel me parece sólido, pero me parece que habéis tenido dentro heces, porque está todo embadurnado con una cosa tan seca que no la puedo quitar con las uñas; y no me lo llevo si antes no lo veo limpio.

Dijo entonces Peronella:

— No, por eso no ha de quedar el trato; mi marido lo limpiará todo.

—Está bien—, dijo el marido; y, dejando las herramientas y quedándose en camisa, se hizo encender una luz y dar una raedora y después se metió en el tonel y empezó a rasparlo. Peronella, como si quisiera ver lo que hacía, metió la cabeza por la boca del tonel, que no era muy grande, y además un brazo hasta el hombro, y empezó a decir:

— Raspa por allí y por allí, y también por allá— y luego—, Mira, ahí ha quedado un pegote.

Y mientras así estaba, indicando y recordando a su marido, Giannello, que aquella mañana aún no había satisfecho plenamente sus deseos cuando llegó al marido, al ver que no podía hacerlo como quería, discurrió satisfacerlos como pudiera. Se acercó a Peronella, que tapaba por entero la boca del tonel, y llevó a efecto el juvenil deseo de la misma manera que en los anchos campos de Partía los desenfrenados caballos encendidos por amor asaltan a las yeguas. Casi al mismo tiempo, encontró satisfacción el amante y quedó raspado el tonel; él se apartó, sacó Peronella la cabeza del tonel y el marido salió fuera.

Por lo que Peronella dijo a Gianello:

—Coge esta luz, buen hombre, y mira si está limpio a tu gusto.

Gianello miró el interior, dijo que estaba bien y que quedaba satisfecho; y, dándole siete lises, se lo hizo llevar a su casa.

(p. 530—534)

Novela Décima:

La joven Alibech se hace eremita y vive con Rustico, un monje. Este la enseña a meter el diablo en el infierno. Al dejar de hacer esa vida, ella se casa con Neerbale.

En la ciudad de Cafsa, en Berbería, hubo hace tiempo un hombre riquísimo que, entre otros hijos, tenía una hijita hermosa y donosa cuyo nombre era Alibech; la cual, no siendo cristiana y oyendo a muchos cristianos que en la ciudad había alabar mucho la fe cristiana y el servicio de Dios, un día preguntó a uno de ellos en qué materia y con menos impedimentos pudiese servir a Dios. El cual le repuso que servían mejor a Dios

aquellos que más huían de las cosas del mundo, como hacían quienes en las soledades de los desiertos de la Tebaida se habían retirado. La joven, que simplicísima era y de edad de unos catorce años, no por consciente deseo sino por un impulso pueril, sin decir nada a nadie, a la mañana siguiente hacia el desierto de Tebaida, ocultamente, sola, se encaminó; y con gran trabajo suyo, continuando sus deseos, después de algunos días a aquellas soledades llegó, y vista desde lejos una casita, se fue a ella, donde a un santo varón encontró en la puerta, el cual, maravillándose de verla allí, le preguntó qué es lo que andaba buscando. La cual repuso que, inspirada por Dios, estaba buscando ponerse a su servicio, y también quién le enseñara cómo se le debía servir. El honrado varón, viéndola joven y muy hermosa, temiendo que el demonio, si la retenía, lo engañara, le alabó su buena disposición y, dándole de comer algunas raíces de hierbas y frutas silvestres y dátiles, y agua a beber, le dijo:

—Hija mía, no muy lejos de aquí hay un santo varón que en lo que vas buscando es mucho mejor maestro de lo que soy yo: irás a él.

Y le enseñó el camino; y ella, llegada a él y oídas de éste estas mismas palabras, yendo más adelante, llegó a la celda de un ermitaño joven, muy devota persona y bueno, cuyo nombre era Rústico, y la petición le hizo que a los otros les había hecho. El cual, por querer poner su firmeza a una fuerte prueba, no como los demás la mandó irse, o seguir más adelante, sino que la retuvo en su celda; y llegada la noche, una yacija de hojas de palmera le hizo en un lugar, y sobre ella le dijo que se acostase. Hecho esto, no tardaron nada las tentaciones en luchar contra las fuerzas de éste, el cual, encontrándose muy engañado sobre ellas, sin demasiados asaltos volvió las espaldas y se entregó como vencido; y dejando a un lado los pensamientos santos y las oraciones y las disciplinas, a traerse a la memoria la juventud y la hermosura de ésta comenzó, y además de esto, a pensar en qué vía y en qué modo debiese comportarse con ella, para que no se apercibiese que él, como hombre disoluto, quería llegar a aquello que deseaba de ella.

Y probando primero con ciertas preguntas que no había nunca conocido a hombre averiguó, y que tan simple era como parecía, por lo que pensó cómo, bajo especie de servir a Dios, debía traerla a su voluntad. Y primeramente con muchas palabras le mostró cuán enemigo de Nuestro Señor era el diablo, y luego le dio a entender que el servicio que más grato podía ser a Dios era meter al demonio en el infierno, adonde Nuestro Señor lo había condenado. La jovencita le preguntó cómo se hacía aquello; Rústico le dijo:

—Pronto lo sabrás, y para ello harás lo que a mí me veas hacer. Y empezó a desnudarse de los pocos vestidos que tenía, y se quedó completamente desnudo, y lo

mismo hizo la muchacha; y se puso de rodillas a guisa de quien rezar quisiese y contra él la hizo ponerse a ella. Y estando así, sintiéndose Rústico más que nunca inflamado en su deseo al verla tan hermosa, sucedió la resurrección de la carne; y mirándola Alibech, y maravillándose, dijo:

—Rústico, ¿qué es esa cosa que te veo que así se te sale hacia afuera y yo no la tengo?

—Oh, hija mía —dijo Rústico—, es el diablo de que te he hablado; ya ves, me causa grandísima molestia, tanto que apenas puedo soportarlo.

Entonces dijo la joven:

—Oh, alabado sea Dios, que veo que estoy mejor que tú, que no tengo yo ese diablo.

Dijo Rústico:

—Dices bien, pero tienes otra cosa que yo no tengo, y la tienes en lugar de esto.

Dijo Alibech:

—¿El qué?

Rústico le dijo:

—Tienes el infierno, y te digo que creo que Dios te haya mandado aquí para la salvación de mi alma, porque si ese diablo me va a dar este tormento, si tú quieres tener de mí tanta piedad y sufrir que lo meta en el infierno, me darás a mí grandísimo consuelo y darás a Dios gran placer y servicio, si para ello has venido a estos lugares, como dices.

La joven, de buena fe, repuso:

—Oh, padre mío, puesto que yo tengo el infierno, sea como queréis.

Dijo entonces Rústico:

—Hija mía, bendita seas. Vamos y metámoslo, que luego me deje estar tranquilo.

Y dicho esto, llevada la joven encima de una de sus yacijas, le enseñó cómo debía ponerse para poder encarcelar a aquel maldito de Dios. La joven, que nunca había puesto en el infierno a ningún diablo, la primera vez sintió un poco de dolor, por lo que dijo a Rústico:

—Por cierto, padre mío, mala cosa debe ser este diablo, y verdaderamente enemigo de Dios, que aun en el infierno, y no en otra parte, duele cuando se mete dentro.

Dijo Rústico:

—Hija, no sucederá siempre así.

Y para hacer que aquello no sucediese, seis veces antes de que se moviesen de la yacija lo metieron allí, tanto que por aquella vez le arrancaron tan bien la soberbia de la

cabeza que de buena gana se quedó tranquilo. Pero volviéndole luego muchas veces en el tiempo que siguió, y disponiéndose la joven siempre obediente a quitársela, sucedió que el juego comenzó a gustarle, y comenzó a decir a Rústico:

—Bien veo que la verdad decían aquellos sabios hombres de Cafsa, que el servir a Dios era cosa tan dulce; y en verdad no recuerdo que nunca cosa alguna hiciera yo que tanto deleite y placer me diese como es el meter al diablo en el infierno; y por ello me parece que cualquier persona que en otra cosa que en servir a Dios se ocupa es un animal.

Por la cual cosa, muchas veces iba a Rústico y le decía:

—Padre mío, yo he venido aquí para servir a Dios, y no para estar ociosa; vamos a meter el diablo en el infierno.

Haciendo lo cual, decía alguna vez:

—Rústico, no sé por qué el diablo se escapa del infierno; que si estuviera allí de tan buena gana como el infierno lo recibe y lo tiene, no se saldría nunca.

Así, tan frecuentemente invitando la joven a Rústico y consolándolo al servicio de Dios, tanto le había quitado la lana del jubón que en tales ocasiones sentía frío en que otro hubiera sudado; y por ello comenzó a decir a la joven que al diablo no había que castigarlo y meterlo en el infierno más que cuando él, por soberbia, levantase la cabeza:

—Y nosotros, por la gracia de Dios, tanto lo hemos desganado, que ruega a Dios quedarse en paz.

Y así impuso algún silencio a la joven, la cual, después de que vio que Rústico no le pedía más meter el diablo en el infierno, le dijo un día:

—Rústico, si tu diablo está castigado y ya no te molesta, a mí mi infierno no me deja tranquila; por lo que bien harás si con tu diablo me ayudas a calmar la rabia de mi infierno, como yo con mi infierno te he ayudado a quitarle la soberbia a tu diablo.

Rústico, que de raíces de hierbas y agua vivía, mal podía responder a los envites; y le dijo que muchos diablos querrían poder tranquilizar al infierno, pero que él haría lo que pudiese; y así alguna vez la satisfacía, pero era tan raramente que no era sino arrojar un haba en la boca de un león; de lo que la joven, no pareciéndole servir a Dios cuanto quería, mucho rezongaba. Pero mientras que entre el diablo de Rústico y el infierno de Alibech había, por el demasiado deseo y por el menor poder, esta cuestión, sucedió que hubo un fuego en Cafsa en el que en la propia casa ardió el padre de Alibech con cuantos hijos y demás familia tenía; por la cual cosa Alibech de todos sus bienes quedó heredera. Por lo que un joven llamado Neerbale, habiendo en magnificencias gastado todos sus haberes, oyendo que ésta estaba viva, poniéndose a buscarla y encontrándola

antes de que el fisco se apropiase de los bienes que habían sido del padre, como de hombre muerto sin herederos, con gran placer de Rústico y contra la voluntad de ella, la volvió a llevar a Cafsa y la tomó por mujer, y con ella de su gran patrimonio fue heredero. Pero preguntándole las mujeres que en qué servía a Dios en el desierto, no habiéndose todavía Neerbale acostado con ella, repuso que le servía metiendo al diablo en el infierno y que Neerbale había cometido un gran pecado con haberla arrancado a tal servicio. Las mujeres preguntaron:

—¿Cómo se mete al diablo en el infierno?

La joven, entre palabras y gestos, se los mostró; de lo que tanto se rieron que todavía se ríen, y dijeron:

—No estés triste, hija, no, que eso también se hace bien aquí, Neerbale bien servirá contigo a Dios Nuestro Señor en eso.

Luego, diciéndoselo una a otra por toda la ciudad, hicieron famoso el dicho de que el más agradable servicio que a Dios pudiera hacerse era meter al diablo en el infierno; el cual dicho, pasado a este lado del mar, todavía se oye. Y por ello vosotras, jóvenes damas, que necesitáis la gracia de Dios, aprended a meter al diablo en el infierno, porque ello es cosa muy grata a Dios y agradable para las partes, y mucho bien puede nacer de ello y seguirse.